

Conversaciones sobre lo público

Historia y desafíos del Trabajo Social en Argentina. Una mirada que aporta a pensar los procesos de formación e intervención profesionales.

Soraya Giraldez y Liliana Murdocca
entrevistan a Margarita Rozas Pagaza



Desde el inicio de la Revista, esta sección se propuso habilitar conversaciones con quienes, por su trayectoria profesional, son referentes en la construcción de lo público, tanto por su rol como intelectuales como por su despliegue político y su capacidad para la intervención. En este día-

logo participan Margarita Rozas Pagaza entrevistada por Soraya Giraldez, Directora de la Carrera de Trabajo Social (UBA) y Liliana Murdocca, docente de Prácticas Preprofesionales, ambas conforman el equipo editorial de la Revista Debate Público.

Margarita Rozas Pagaza es Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Católica del Perú, Magíster en Trabajo Social por la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, y Doctora y Postdoctora en Servicio Social, Políticas Sociales y Movimientos Sociales por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, Brasil. Secretaria Académica y posterior Directora del Celats (Centro Latinoamericano de Trabajo Social); dirigió la Revista Acción Crítica entre los años 1976 y 1986. Primera decana de la Facultad de Traba-

jo Social de la Universidad Nacional de La Plata, Profesora Emérita y actual Guardasellos de esa unidad académica. Profesora Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba. Se ha convertido en una referente académica ineludible en el plano nacional e internacional. Ha recibido recientemente el premio Katherine A. Kendall.

Fecha de realización de la entrevista: 1 de octubre 2025

Referencias: **MR** Margarita Rozas **EE**: Equipo Editorial

EE: Tu historia profesional se entrama con la historia del Trabajo Social Latinoamericano. ¿Cómo recordás tus primeros acercamientos al trabajo social y cuáles fueron los momentos claves que marcaron tu perspectiva teórico-metodológica?

MR: Me acerqué al Trabajo Social desde la idea de ayudar a otros. Como tantas y tantos colegas, tenía además una incomodidad por lo establecido. La idea de ayuda estaba relacionada con esa incomodidad. En general, algunos colegas se acercaban al trabajo social porque habían trabajado previamente en la comunidad, y les parecía que había que profesionalizar ese trabajo. Otros porque algún familiar fue trabajador o trabajadora social (en ese momento se denominaba "asistente social"), entonces les pareció que podía ser. En mi caso fue algo muy distinto. Ese distinto puedo caracterizarlo como el hecho de observar en mi niñez algunas desigualdades que se daban en mi entorno, que me generaban preguntas. Cuando visitaba a mis abuelos veía que había campesinos que trabajaban gratis en la tierra de los patrones. Veía que niños descalzos, hijos posiblemente de esos campesinos, no iban a la escuela o si acaso iban, no era una prioridad para sus padres, porque los niños eran parte de la reproducción de la mano de obra campesina, y en la familia estaban para ayudar a trabajar la tierra.

Estudié en un colegio de monjas alemanas autoritarias y con una organización vertical. La disciplina y las misas cotidianas eran una gran fuente de aburrimiento. Nos decían: «Hay que hacer rifas, juntar dinero para los niños pobres de África». Ese fue el segundo escenario, la segunda foto de mi infancia. Cuando entré a ese colegio, dije: «¿Pero por qué vamos a mandar dinero a África cuando los niños de aquí están también en situación de mucha pobreza?». No tenía la capacidad analítica de ex-

presar esas sensaciones que a mí me generaban incomodidad. Me parecía que algo no estaba bien. No sabía qué era lo que estaba mal, pero tenía esa sensación.

Estudié Trabajo Social sin saber lo que era. También por oposición al mandato familiar que indicaba que yo debía estudiar Derecho. Y a mí ¿qué me importaba el Derecho? A mí no me gustaba Derecho. Porque decían: «Bueno, es una profesión importante». Mi madre quería diseñar mi vida laboral futura, de buena voluntad, posiblemente. Pero la verdad que no me gustaba, no me interesaba estudiar Derecho. Fui y me anoté a la carrera de Trabajo Social, y no lo comenté con mi familia. Allá la entrada a la Universidad es por medio de un examen de ingreso. Yo estudié en la Universidad Católica del Perú, en Arequipa. En esa época, algunos padres consideraban que ir a la universidad pública era poco recomendable como le pasó a Vargas Llosa, cuando quiso estudiar en la Universidad de San Marcos, y sus padres dijeron que no. No se consideraba un lugar recomendable, porque tenían una imagen absolutamente peyorativa de lo público. Creo en mi caso, también, y por eso fui a la Universidad Católica pero no quise que me pagaran institutos de formación preuniversitaria a los que se concurrían para ingresar, eso me parecía un absurdo también. Me preparé sola para el examen de ingreso. Yo no les dije que había ingresado a Trabajo Social. Todos estaban contentos pensando que había ingresado a otra carrera. Sí, yo creo que allí había como un hilo de cierta rebeldía. Pero me llama siempre la atención que esa rebeldía se hubiese iniciado en la infancia mientras jugaba, donde veía las desigualdades. Debe haber sido muy evidente para sentir que me chocaba con esa realidad.

En síntesis, en el origen de mi elección por el Trabajo Social, había una cuota de algo que no conocía, pero después, en la medida que avanzaba en mis estudios, en

la carrera, empiezas a abrir tus ojos y vas entendiendo cosas. Por ejemplo, recuerdo cuando entendí el concepto estructura social agraria en el Perú, me permitió conocer la realidad peruana.

Luego conocí, a Gustavo Gutiérrez, el gran teólogo de la Liberación. Al acercarme, fue concretar un sueño por aprender y comprender esa realidad tan compleja y desigual como la peruana, también me permitió conocer qué significaba la opción por lo pobres. Él fue un gran maestro para cultivar mi perspectiva crítica sobre la realidad. Después me vinculé al movimiento estudiantil, a través de un partido de izquierda. En esos años estábamos absolutamente convencidos que íbamos a transformar esa realidad incómoda. Estamos hablando de los años setenta. También entendí que la sociedad tiene una fractura, difícil de cambiar. Entendí que esa fractura venía desde los procesos de colonización cuando los campesinos trabajaban para el patrón sin salario y eso viene de la colonia. La colonia logró repartir las tierras junto con estas personas dentro. Y en el Perú eso es una cuestión importante que no se debe olvidar. Es importante leer los escritos de Bartolomé de las Casas, quien explica lo doloroso que fue el proceso de colonización en el Perú.

¿Cómo aportaron en tu formación de Trabajo Social, que te aportó en relación a las herramientas teóricas, metodológicas y éticas?

MR: Al ingresar a Trabajo Social y empezar a articularlo con mi trabajo político y mi vinculación con la teología de la liberación, encuentro fundamentos teóricos y la convicción de que la militancia es fundamental para transformar la realidad. Una visión amplia que va más allá de la idea de ayuda y la visión reducida de que solo se trabaja con los pobres. Esa visión de transformar la sociedad implicaba cambiar la estructura de dominación y distribución de la riqueza. Me permitió salir de la visión endógena del trabajo social. Hoy diría, una relación más amplia entre profesión, política e intervención. En definitiva, relaciona la estructura social desigual con las consecuencias que ello significa en la reproducción de una dominación jerárquica y desigual de la sociedad.

Porque el trabajo social trabaja sobre los efectos de esa estructura desigual, se construye en torno a la dinámica de esos problemas, pero no siempre se cuestiona acerca de dónde vienen esos problemas. Si no existe esa pregunta, no hay una convergencia analítica entre origen estructural de los problemas y sus consecuencias en la



Durante la colonización, llevan unos aborígenes a España y la familia de las Casas estaba muy involucrada con la conquista y le dan a él un sirviente. Él lo estudiaba y dudaba que fuera una persona como ellos. Después de observar el sistema de explotación y maltratos en las tierras colonizadas, se convirtió en un gran defensor de los derechos y del trato humano a los colonizados.

EE: Tu acercamiento a la teología de la liberación y tu militancia en organizaciones de izquierda,

vida cotidiana de las personas. Y eso a mí me parece que es fundamental. Por ejemplo, hoy se caracteriza a las derechas del siglo XXI de ultra conservadurismo radical y autoritario, pero podemos decir que las derechas estuvieron siempre. Lo importante es ¿qué características toma ese régimen en un país como la Argentina? y ¿cuál es la relación con el trabajo social? Cómo ese pensamiento estructura un modo de pensar lo social, lo público y ese modo de pensar afecta inmediatamente, tanto al mundo laboral nuestro, como al mundo del

conjunto de las personas con las cuales trabajamos. O sea, no se me ocurre hablar del conservadurismo separado del modo en que este gobierno de carácter autoritario destruye cada uno de los mecanismos contruidos para asumir la función social del Estado. No podemos quedarnos solo en los mecanismos, debemos decir que éste, es producto de una construcción de la cual posiblemente tampoco hemos resuelto el problema de la desigualdad. Claro, hemos intentado resolver con los gobiernos progresistas en la región, del campo popular y nacional, pero hoy, las expresiones de esa desigualdad, no se pueden entender solamente mirando a la gente de la calle que no come, que cada vez hay niños en situación de pobreza, el desempleo, la desocupación, la arbitrariedad con que se maneja el gobierno, la destrucción de las capacidades instaladas en el gobierno, son todas esas, de algún modo expresiones de una estructura social que no se ha movido para cambiarlas o, se han movido parcialmente. No me refiero volver a la década de los 70. Me refiero a decisiones más significativas que resuelvan la materialidad de las personas que desde hace mucho están en situación de pobreza y desigualdad.

EE: Desde esta mirada, lo nuevo tiene muchos elementos que se configuran así por su historia. Vos entendés al trabajo social como una herramienta que hay que construirla, y que se va a vincular con la intervención. ¿Cómo abordarías estas cuestiones, como problema?

MR: Yo creo que desde esa construcción analítica traté de hacer un aporte en el sentido de cómo se podía entender el campo del trabajo social, teniendo como eje teórico las manifestaciones de la cuestión social, y no solo del trabajo social, sino de las ciencias sociales en general. La cuestión social se refiere, como bien sabemos, al conjunto de las desigualdades que se amalgaman en el tiempo, se profundizan, se van complejizando por diversas razones, pero fundamentalmente por la acumulación de aquellas cuestiones no resueltas. O resueltas parcialmente. Entonces, los campos de nuestras intervenciones son también complejos, en lo que es necesario articular acciones colectivas con los otros actores y agentes profesionales para encaminar posibles soluciones. Es muy importante renovar el concepto de compromiso, no como un mandato, sino como la necesidad de recrear el interés social de la profesión que se conjuga entre las reflexiones que se realizan y la realidad expresada en las marcas de los cuerpos y la subjetividad de las personas.

También conjugar la variable de la posibilidad y las condiciones que se generan para viabilizar esa posibilidad, incluida en ella el obstáculo que trava el proceso de las intervenciones. Hay mecanismos estructurales que responden a otras decisiones que no dependen de las y los profesionales. Señalo estas consideraciones, porque lo que se observa en el ejercicio profesional, muchas veces están vinculadas a las frustraciones y al cansancio profesional. Sin embargo, es valorable lo que hacen nuestros colegas en el desarrollo de sus intervenciones profesionales. La pandemia ha mostrado lo que se pudo hacer y lo que se puede hacer en situaciones de urgencia y emergencia.

Hay frustración, a veces por lo que no podés hacer, hay frustración porque las condiciones laborales son cada vez complicadas, hay frustración porque vemos que la complejidad y los grados que adquieren esos problemas sociales te invaden el escenario. El "qué hacemos" implica que nos juntemos y pensemos. Pero entender la estructura nos permite saber que nosotros tenemos una limitación y esa limitación es un obstáculo que hay que analizarlo. Cuando daba clases en el grado advertía: el obstáculo es parte de la intervención, porque el obstáculo te permite interrogarte, porque el obstáculo te permite problematizar. El obstáculo te permite separarte un poco de esa realidad que también es la tuya, pero en términos de la intervención.

EE: La disciplina y nuestra lectura de la cuestión social, en Argentina, está muy atravesada por una definición en el marco de la ampliación de derechos y muy vinculada a un Estado que garantiza. Cuando este Estado se resquebraja, y se lo ha debilitado, el lugar del trabajo social se tensa, se interroga.

MR: Argentina siempre ha tenido un Estado presente, salvo en algunos periodos. La presencia del Estado en la Argentina es muy importante. No así en otras regiones. Si vos vas al Perú, el Estado es un Estado que no llegó al campesino que está en las montañas. El campesino no le debe nada al Estado, ni el Estado tiene ninguna responsabilidad con ese campesino. Hay un sector informal, casi del 70%, y la economía funciona con este porcentaje de informalidad. Acá la matriz constitutiva de la sociedad está vinculada al Estado. Uruguay, Argentina, son los Estados que más características han asumido de lo que conocemos como Estado de bienestar, como Estado social. La función social del Estado, surge cuando hay un reconocimiento de parte de las burguesías de la existencia de las desigualdades sociales. Y de que esas

desigualdades sociales, de algún modo, tienen que ser asumidas por el Estado. Ahí surge la respuesta a través de las políticas sociales.

Después de la Segunda Guerra Mundial, hay una etapa de crecimiento económico. Eric Hobsbawm va a decir que ese crecimiento económico, puede denominarse como la “edad de oro”. En ese periodo se construye la matriz de los estados de bienestar, las respuestas a los problemas y cierta congruencia, cierto calce entre la idea de progreso y bienestar y que se define en políticas de Estado. En ese lugar se perfila con mayor profesionalización lo que es el trabajo social, y la ocupación de esos espacios por parte de los trabajadores sociales. Y no solo los trabajadores sociales, después aparecen otros profesionales en el camino, articulando acciones profesionales estatales. Aclarar que este proceso no ha sido lineal ni automático, habría que analizar caso por caso.

Estamos en un momento, con un gobierno autoritario y violento que defiende la libertad de mercado. Pero esto no es de ahora. Hay un proceso de mercantilización de todas las esferas de la vida social. En ese proceso no es necesario que exista un Estado presente, según la ideología de estas derechas autoritarias. Se considera que, según su consumo, será su lugar en el mercado. En ese discurso, no es necesario un Estado que se haga cargo. Por lo tanto, cada uno debe asumir sus propias desventajas, y esta visión cada vez se hace más explícita, y esto se fue gestando hace mucho, justamente cuando empieza ese descalce entre progreso y bienestar. ¿Qué pasó en la sociedad del siglo XX? Como diría Eric Hobsbawm, el siglo XX fue corto, difícil, intenso, doloroso, dos guerras mundiales, la guerra civil española, el holocausto. Allí empieza esa especie de consenso sobre que alguna riqueza hay que distribuir. Después la primicia del individuo consumidor toma centralidad frente a la idea de distribución y “cierta idea de bienestar colectivo”. La gente empezó a desvincularse de esos lazos de solidaridad y el Estado se fue también transformando, se fue alejando de esa idea de protección social.

Entonces, hoy el desafío es repensar lo colectivo, construyendo un diálogo amplio que nos permita construir posibilidades de retomar un camino de cierta organización social, política y económica. Analizar las características de este momento del capitalismo salvaje que destruye la vida social cada día, generando un malestar social muy grande. La presencia de nuevos y viejos problemas está afectando la vida de todos nosotros y nosotras.

EE: En los 60, en los 70, había movimientos sociales y políticos, que recuperaban esta discusión de la distribución de la riqueza, ¿Por qué crees que ahora no se da este debate en la sociedad? ¿Por qué unos pocos acumulan tanto y la mayoría nos quedamos viendo ese proceso de acumulación sin discutir y pareciera que sin disputar?

MR: Si, claro en la década de los 70 no solo se debatía sobre los procesos de acumulación, sino también sobre la necesidad de transformar un mundo que iba hacia un horizonte sin futuro. Esa convicción no fue homogénea y al mismo tiempo, tuvo diversas temporalidades y particularidades, que siempre es bueno tener cuidado a la hora de analizar los diversos escenarios. Si tomamos la etapa de los gobiernos progresistas de la región se puede afirmar que avanzaron en la defensa y desarrollo de derechos. Sobre todo, de derechos de cuarta generación. Y nos pareció que eso ya estaba ganado. Hubo “cierta comodidad”. Debemos preguntarnos si fuimos estratégicos al no pensar que aún faltaba mucho, y hacer un balance respecto a que algunas necesidades referidas a la materialidad de las personas que no se habían resuelto. Por lo tanto, era necesario repensar las condiciones de la distribución. Afianzar la profesionalización del estado y no solo convertirse en una agencia de contratación. Puede ser que algunos discrepen con esta consideración, pero los acontecimientos que estamos viviendo tienen un origen y un proceso que posibilitó la emergencia de la precarización de nuestras vidas que es lo que hoy estamos viviendo.

La pandemia marcó un hito. Fue una experiencia que marcó a nuestros colegas que estuvieron en territorio y en las instituciones, sobre todo en el área de salud. Quizá, recién se están publicando experiencias interesantes de ese momento y que sirven para pensar y aprender. Es interesante analizar la producción que hay respecto a la pandemia y las consecuencias que tuvo en la vida cotidiana, en la política, en la economía. Nadie imaginaba semejante fenómeno inédito y global. Creo que aún falta indagar la cadena de efectos y reacciones que generó en la vida social. Estos fenómenos son necesarios abordarlos interdisciplinariamente.

En trabajo social, la idea del trabajo interdisciplinario es un gran avance. Enriquece nuestro universo discursivo y de conocimientos. A veces observo la segmentación de los temas que después nos convierten en especialistas, desvinculadas de las reflexiones más amplias entre profesión y sociedad. Es importante no encerrarse en

temas que a veces parecieran que fueran solo del trabajo social. No digo que está mal, profundizar los temas de investigación y que son del interés de los profesionales, pero es insuficiente para entender la complejidad de la cuestión social hoy. Así mismo, si bien hay un desarrollo, respecto a la producción interdisciplinaria, no debe perderse de vista del trabajo social como profesión y/o disciplina. No soy fundamentalista, respecto a la separación de las disciplinas, y creo que no hay fronteras epistemológicas; hay fronteras institucionales, porque cada profesión se ha ido construyendo institucionalmente y ha ido recreando su campo. El trabajo social siempre ha sentido que no ha recreado su campo analíticamente, entonces en un tiempo se avanzó en estudiar ese objeto. ¿Cuál es el objeto específico del trabajo social? Mas que la búsqueda de un objeto específico existe un eje teórico, es la cuestión social y sus manifestaciones que sedimenta el campo de la profesión.

Considero en ese proceso se puede decir de manera gráfica que los temas y cuestiones de la intervención, siempre están en relación a los modos en los que se entiende la cuestión social y su traducción en la vida de las personas con las que trabajamos. A veces escucho: "Ella se dedica al análisis de la disciplina" pero nadie se dedica al análisis de la disciplina, sino a través de su ejercicio profesional, de los lugares que transita, de la formación que hace como docente, investigadora, también construir un proyecto desde la gestión, que también es trabajo, y también es entender hacia dónde queremos ir. Los proyectos académicos institucionales siguen la misma fragmentación que los estudios puntualizados, sino tenemos cuidado en que no suceda.

Nuestro doctorado en la Universidad Nacional de La Plata está pensado no sólo para la formación académica y de la investigación, sino también en el ejercicio profesional. Muchos que tienen doble pertenencia en el ejercicio, en la docencia, y son doctores e intervienen. Eso es lo pensamos cuando pensamos el doctorado, yo dije que tenía que tener una mirada estratégica, institucionalmente, está formando gente para el Estado, esa gente preparada que tiene doble pertenencia y va a tener más herramientas.

EE: En relación al doctorado mencionado, que es Doctorado en Trabajo Social, ¿cómo se dio el debate en torno a la tensión entre fortalecer una mirada estratégica del Trabajo Social, sin escindir al Trabajo Social de las Ciencias Sociales?

MR: los doctorados en Ciencias Sociales tienen la fortaleza de articular distintas disciplinas. Pero cuando esas disciplinas tienen, trayectos desiguales, se complica. ¿Entonces esa complicación que implica? Implica, reconocer más allá de los 100 años que estamos cumpliendo, no hemos tenido el mismo desarrollo que otras disciplinas de las Ciencias Sociales, en términos de la producción de conocimiento, aunque se ha avanzado muchísimo. La apuesta de nuestro doctorado disciplinar fue la de construir "cuadros" docentes, que han tenido y tienen impacto en la formación de grado. Hoy la mayoría de la planta docente de nuestra Facultad, tiene magíster o doctorado, y eso se traduce en el desarrollo y calidad del grado. La mayoría está vinculada a las áreas de extensión e investigación. El proyecto fundacional de la Facultad fue eso, articular, no de manera separada, sino relacional. Grado, posgrado, investigación y extensión universitaria.

Estoy y estamos contentos de lo que logramos en la Universidad Nacional de La Plata, y en la Facultad de Trabajo Social específicamente. Cuando creamos el Centro de Estudios de Trabajo y Sociedad, pudimos reunir a las y los investigadores por líneas de investigación, creció el Centro y sentó las bases para crear el instituto de Trabajo Social y Sociedad, y por último el espacio para hacer el trayecto postdoctoral. ¿Pero por qué el postdoctorado? Para construir un trayecto que articule el doctorado, maestría y carreras de especialización. Estamos construyendo y se ha seguido construyendo desde que pasamos a ser Facultad hace ya 20 años.

EE: Actualmente y ante la debilidad del Estado, ¿se puede recrear alguna forma de trabajo social en lo público, no estatal, en lo privado? ¿O crees que el trabajo social va a estar debilitado mientras el Estado (en términos de lo social) esté débil?

MR: En la Argentina lo privado no es un espacio laboral fácil para la profesión, por la articulación que el Trabajo Social ha tenido y tiene con el Estado. Por ejemplo, en Perú, hay trabajo social privado de empresas, hasta existe una ley que por cada 100 obreros debe haber un trabajador social. Esa ley generó un subgrupo de profesionales de las empresas. Hace mucho yo también trabajé en una empresa minera en Perú. Ese trabajo privado tiene objetivos que están relacionados con cuidar el bienestar de las familias, y generar las condiciones de reproducción de las familias, en armonía con los fines sociales de la empresa.



Me acuerdo que yo decía, acá lo que yo hago es la reproducción de la explotación del obrero en superficie. ¿Qué quiere decir eso? El obrero trabaja en socavones para extraer diversos minerales, sobre todo en la pequeña minería; es un sistema a tajo abierto en la tierra. Entonces se contagiaban las enfermedades profesionales, y luego termina la vida laboral en la superficie, realizando otras actividades relacionadas con los servicios que prestan las empresas. Hay trabajadores sociales muy buenos que conocí y que hicieron intervenciones de gestión eficiente y con buenas intenciones desde sus convicciones profesionales. Lo cierto es que en la mina se puede observar que el sistema laboral está en relación a las necesidades de acumulación de las empresas. Es un ejemplo claro de cómo se dinamizan las relaciones entre capital y trabajo.

En los años 90 hubo en la Argentina, espacios de asesorías y teníamos trabajadores y trabajadoras sociales en organismos no gubernamentales, quizá sea también un espacio laboral. Ahora será necesario pensar sobre las dificultades, no solo del mercado laboral y las condiciones de los que están todavía trabajando en la esfera estatal, sin duda ese proceso implica cambios que deberían suceder en la formación profesional y las formas diferentes de relacionar la intervención profesional con los servicios públicos que el Estado todavía mantiene, y otros que están siendo desmantelados. Hay que hacer un balance de lo que hicimos, de lo acumulado y de lo que podemos hacer. Pensar también la formación vinculada a la influencia tecnológica, a lo que se viene, a cómo va a ser, o cómo pensamos que creemos que van a ser los campos laborales, el perfil de los campos del trabajo social en esta nueva etapa de supremacía del mercado financiero y los procesos de mercantilización de los servicios sociales. Ello implica también y creo, fundamentalmente en revisar los modos en los que se transforman los planes

de estudio, pensando en el cambio de perspectiva que tienen los y las jóvenes que buscan carreras cortas que les reporte rápidamente empleabilidad. Este es un punto sustancial para seguir sosteniendo las carreras de grado. Al mismo tiempo hacer ese razonamiento está en relación con las condiciones laborales de los y las docentes y la limitación por demás arbitraria sobre el presupuesto universitario.

El Estado, yo creo que va a existir siempre. No existe el Estado sin sociedad, ni sociedad sin Estado. Sin embargo, deberíamos repensar, respecto a su perfeccionamiento y profesionalización, repensar la forma de relación de la profesión con el Estado. Reconstruir todo este proceso es una forma de resistencia creativa y proyectiva.

Se está discutiendo si la formación puede durar cuatro años, en lugar de cinco. En Europa, hace mucho que ya son cuatro años, luego se articula con las maestrías, y también podemos indagar esas experiencias. Cambió la estructura social; volvamos a mirar la estructura, porque si no hablamos de eso, no entendemos lo que pasa. Cambió la matriz hegemónica del capitalismo. Hoy gobierna en el mundo la burguesía financiera, y el mundo se ha ido moldeando en función de eso, y en los países como los nuestros, donde la producción siempre ha sido mínima, no podemos seguir pensando lo estatal, como si estuviéramos en los años 50. El Estado va a cambiar. El aporte más grande que el trabajo social puede dar en esa transformación es la profesionalización del Estado. Y ya hay espacios donde se hace eso, la gente que ocupa lugares importantes, debe construir mecanismos para que las cosas funcionen bien. Eso es lo que hay que discutir, cómo cambiamos nuestra cabeza para construir esos procesos de aporte que tenemos que hacer al Estado, porque ahora nos tenemos que preparar para la reconstrucción.

EE: Retomando la idea de profesionalizar el Estado como aporte del Trabajo Social, por medio de una formación de cuatro años, ¿se reforzaría la orientación instrumental de la formación?

MR: la formación es muy importante, pero no solo se refiere a los contenidos del Plan, es importante una visión integradora articulando otras dimensiones: formación de grado y postgrado, investigación y extensión universitaria. Los cambios en nuestros planes de estudio, han venido desde afuera en general. En los años ochenta, la llamada década perdida, saliendo de las dictaduras, el debate acerca de la formación rondaba en torno a la pregunta acerca de dónde había quedado el debate en esos planes, de antes de que se cerraran las escuelas de trabajo social. Algunos consideran la necesidad de retomar la reconceptualización y se dieron muy interesantes debates, también ver cómo reposicionar al trabajo social en las unidades académicas, durante la apertura democrática. Fue fundacional y los planes de estudio respondieron a ese contexto. Luego el debate en los noventa, fue parecido al que se está repitiendo hoy, pero desde otro contexto. En los noventa, en otros países se cerraron las escuelas, por ejemplo, en el Perú se cerró la Escuela de trabajo social en la Universidad de la Católica, que era muy importante para Trabajo Social y le pusieron el nombre de Gestión Social. ¿Qué es Gestión Social? No se sabe qué es Gestión Social. La concepción que rondaba en esos años fue tecnologizar la profesión, el sentido organizador era la tecno gestión. Ahora no tengo elementos suficientes para caracterizar los que se está debatiendo, respecto a la formación profesional. Hemos tenido momentos difíciles en los noventa, los salarios eran muy bajos y las condiciones laborales muy deterioradas. ¡Acuérdense que nos mandaron a lavar platos! Se buscaba deslegitimar la ciencia, la tecnología y las profesiones de las ciencias sociales.

Tomo dos ejes para discutir: ¿Cómo se expresa hoy en los regímenes autoritarios, la destrucción del Estado y la relación con la profesión? ¿Cuál va a ser el perfil? Basado en lo relacional, recordemos que el grado, se articula con las otras dimensiones para consolidar un trayecto de formación. Recuerdo a un estudiante que me decía, medio desesperado: «Profesora, yo no quiero trabajar solo con pobres» y yo le respondía: “Pero ¿quién te ha dicho que, solo vas a trabajar “con los pobres”?” Eso solo no es la función del trabajo social. Es trabajar con las expresiones diversas, tanto a nivel, de la materialidad como de la subjetividad de los sujetos. Y tenemos un campo amplio en ese sentido. La salud mental, los ser-

vicios, la gestión y las políticas de cuidado.

EE: ¿Crees que las asociaciones profesionales y universidades deberían articularse en función de este objetivo de formar en habilidades para profesionalizar el Estado y las diversas instituciones que hacen a la estatalidad?

MR: Todos tenemos que cambiar la cabeza. Hoy debemos impulsar, motivar en conjunto con las y los estudiantes y otros actores, entre ellos las organizaciones profesionales, para poder darle contenido a la idea de transformar la realidad actual. En los años setenta, transformar, significaba cambiar las estructuras capitalistas y no lo logramos. Es necesario darle contenido a la idea de la transformación en los ámbitos de las instituciones y el Estado. También es un imperativo necesario tener la cabeza dispuesta a escuchar y cambiar. Encontrar puntos comunes en la diversidad y reconstruir núcleos estratégicos que posibiliten el intercambio y la traducción en proyectos que se deben construir en el presente. Transformar formándonos y dejando las mezquindades y miserias humanas, porque está en juego nuestra profesión y nuestras vidas y las vidas de los demás. Nos quieren descartar y construir una sociedad cada vez más elitista. Destruir la clase media es un objetivo, dejar de asistir a los sectores empobrecidos, considerados un gasto innecesario porque esos ya están fuera del sistema. Estamos asistiendo a un proceso de deshumanización fenomenal.

Respecto a la pregunta sobre la tecnología, es una pregunta que debemos incorporarla a los procesos de formación. Así mismo, pensar en dale contenido a las categorías que usamos. Antes se denominaba a la comunidad como central en las prácticas, ahora se habla de territorio. Sería bueno saber qué sentido se le da a cada uno. Lo mismos con el sentido de la democracia, del Estado, de lo público, de la cuestión social, etc. Es necesario repensar el contexto en que se dinamizan las interacciones, no es suficiente sólo dar cuenta de las interacciones, sino del sentido de ellas en relación a los procesos sociopolíticos. Es producto de la dinámica que se establece entre las personas respecto a la textura misma de su vida cotidiana, a lo que le afecta y a la comunicación que proponemos, al cara a cara. Ese proceso es diferente en cada barrio. Siempre es necesario encontrar esas particularidades para pensar estrategias que potencien la fuerza y la intervención profesional. No es lo mismo estudiar un barrio en Moreno, en CABA o en La Plata. No son lo mismo. Hay que conocer; y

la intervención implica interrogarse, conocer, recuperar esas diferencias y/o similitudes, para renovar. La apuesta también es profundizar el conocimiento construyendo un diálogo entre las teorías críticas. Es un desafío el poder formar profesionales en ese diálogo y en la posibilidad de repensar. Hay una intención de estos gobiernos autoritarios de terminar con el pensamiento crítico. Necesitan gente cada vez menos formada, así es posible generar un disciplinamiento anulando la capacidad de

pensar y traducir ese pensamiento en acción de lucha y resistencia. Finalmente considero que se resiste formándose y amasando el futuro en el mismo presente que vivimos. Creo y no pierdo la esperanza que vendrán otros tiempos mejores y espero que estemos preparados.

EE: Muchas gracias Margarita por recibirnos y compartir este diálogo tan enriquecedor para seguir pensando al Trabajo Social.

